

BRAZAL DE ARQUERO. COTO DO BRIGUEIRO (CARBALLEDA DE AVIA)

Esta pieza es un ejemplo de lo que se conoce en la historiografía arqueológica como "brazales de arquero". Ingresó en el Museo en 1951, como donación de la Sociedad Arqueológica de Ribadavia y se registró con el número 3.117. Florentino Cuevillas le dedica, en 1956, un pequeño artículo en las páginas de *Cuadernos de Estudios Gallegos* en el que da cuenta de su hallazgo casual en el llamado Coto do Brigueiro, en el lugar de Vilar de Condes del municipio de Carballeda de Avia, "subiendo desde el Ribeiro de Avia con dirección al macizo de Pena Corneira y de la media montaña de Avión". Este sería el único objeto recuperado del interior de una especie de caja hecha de grandes piedras, según la descripción de sus descubridores, que Cuevillas interpreta como una cista de comienzos de la Edad del Bronce.

Se trata de una pequeña placa de pizarra recortada, de morfología rectangular, ligeramente adelgazada en el centro, con los ángulos redondeados, sección plana y superficie cuidadosamente pulida. Presenta una perforación bicónica, centrada en cada uno de los lados menores y tiene unas dimensiones de 89 mm de longitud, 23,5 mm de anchura y 7 mm de grosor.

Sobre la forma de uso y función de estas piezas surgió desde antiguo un intenso debate que aún se mantiene, siendo la interpretación más aceptada - y de ahí el nombre que tradicionalmente se les dio- aquella que las entiende como elementos de protección de las muñecas de los arqueros al disparar las flechas, para evitar que el impacto del retroceso de la cuerda tras la distensión del arco los golpee y dañe el antebrazo. El primero en sugerir este uso fue el reverendo inglés Canon Ingram en 1867. Respalda esta función su exhumación junto a puntas de flecha líticas o metálicas y su ocasional depósito en una posición cercana a los antebrazos de los individuos enterrados.

Otros autores, como los hermanos Siret, propusieron, ya en 1890, para aquellos ejemplares encontrados en el contexto de la cultura del Argar, su uso como pulidores o afiladores de objetos metálicos, hipótesis que fue retomada a finales del siglo XX y que algunos defienden en la actualidad, prefiriendo el nombre de placas perforadas para estos objetos, de los cuales afirman que, debido a su pequeño tamaño, no servirían como protección suficientemente efectiva en el tiro con arco. El hecho de que existan piezas de este tipo realizadas en hueso parece contradecir esta tesis.

Hay también quienes les otorgan un uso más ornamental que propiamente funcional, y quien sugiere que los ejemplares de las tumbas se fabricarían específicamente para fines rituales o funerarios, reproduciendo en piedra los originales cotidianos que serían realizados en materiales perecederos como el cuero, según muestran ejemplos actuales y otros históricos y etnográficos.

Investigadores de diferentes países han llevado a cabo en los últimos años estudios de arqueología experimental y traceología para tratar de establecer definitivamente su función, concluyendo algunos que realmente se usarían como brazales de arquero, sujetos en la cara interna del antebrazo mediante cuerdas, según deducen de las huellas de uso en los orificios de las piezas. Otros autores, sin negar esta función para algunos de los objetos, también apuestan por la posibilidad de su uso como afiladores para otras piezas.

La distribución geográfica de este tipo de artefactos abarca prácticamente toda Europa, estableciéndose distintas tipologías (Sangmeister 1964/1974, y más recientemente otros autores) que diferencian entre los modelos anchos y curvos, generalmente con cuatro o más perforaciones, presentes en Centroeuropa y en las Islas Británicas y los estrechos y planos, con dos orificios, característicos de la península ibérica y de todo el suroeste de Europa.

Los brazales aparecen en el registro arqueológico como elementos típicos de los ajuares funerarios de la Prehistoria reciente, en un momento avanzado del Calcolítico, hacia mediados del III milenio a. C., caracterizado por la expansión del vaso campaniforme, que supone la integración de la mayor parte de Europa y el norte de África en un amplio y complejo mundo de relaciones y redes de intercambio, y su uso perdura hasta el Bronce Medio.

En la Península se documentan frecuentemente en los enterramientos campaniformes, como las sepulturas individuales en fosas cubiertas por un sencillo túmulo del conocido grupo Ciempozuelos (el propio Ciempozuelos en Madrid, Fuente-Olmedo en Valladolid, Villabuena del Puente en Zamora, etc.). Aparecen junto a una cuidada selección de objetos que forman parte de su "kit" característico, aunque nunca se presentan todos ellos en un único ajuar. Este está formado por el llamado "equipamiento de arquero": además de los brazales, puntas de flecha líticas, armas de cobre -puñales tipo lengüeta, puntas Palmela, etc.-, junto con botones de hueso con perforación en "V", adornos de oro y sus piezas más representativas: los vasos cerámicos en forma de campana invertida que, junto con cazuelas y cuencos, decorados mediante líneas impresas o por medio de incisiones que forman bandas horizontales paralelas, definen este fenómeno.

Por otro lado, la aparición de brazales de arquero en el noroeste hispánico, aparte de poco numerosa, parece ofrecer algunas diferencias. Los ejemplares conocidos, hasta el día de hoy, proceden mayoritariamente de cistas, pequeñas construcciones pétreas de carácter individual sepultadas bajo tierra, generalmente de inhumación, que constituyen la forma de enterramiento más característica del Bronce Antiguo (1900 - 1500 a. C.). Los ajuares funerarios asociados a estos enterramientos se caracterizan en su etapa inicial por la presencia de elementos metalúrgicos propios del campaniforme, como las

puntas tipo Palmela y los puñales de lengüeta, así como adornos de metales preciosos, o los propios brazales, considerados objetos característicos de ese mundo, pero no presentan ya esa típica cerámica decorada.

Esta peculiaridad dio lugar a la definición del horizonte cultural que Harrison (1974) denominó "grupo de Montelavar", por el yacimiento epónimo portugués, caracterizado por los enterramientos en cista con un ajuar formado por un puñal de lengüeta y al menos dos puntas Palmela. En este Horizonte se incluyen ejemplos como Atios y Taraio en Galicia o el portugués de Quinta de Água Branca, entre otros. Sin embargo, se trata de un concepto hoy en cuestión.

En cuanto a los paralelos próximos de esta pieza, podemos citar otras dos que se conservan en el museo de Ourense, de las cuales se desconocen las circunstancias de su descubrimiento. Una de ellas (Nº. Inv. 507) fue ingresada por la Comisión de Monumentos en 1925, sin que consten datos de procedencia, y la otra (Nº. Inv. 5.338) es un ejemplar incompleto que presenta tres orificios en el extremo, encontrado en los años 80 en los montes situados entre O Irixe y Brués.

De otros puntos de Galicia proceden el brazal encontrado, en 1984, en la cista nº 2 de Gandón (Cangas), acompañado de una dudosa punta Palmela y seis pequeñísimos fragmentos cerámicos lisos. Se trata de una cista de inhumación presente en una posible necrópolis en la que se documentó otra cista más pequeña que albergaba una cremación, lo que nos informa sobre la variabilidad de los ritos funerarios en este momento de la prehistoria. Otra pieza de este tipo se localizó en la cista de Pedramarrada en Carnota, en este caso asociada con un puñal de espigo.

Asturias, por su parte, cuenta con un único ejemplar encontrado en el túmulo de Los Fitos (La Cobertora, Sierra del Aramo, Riosa), mientras que de la zona norte de Portugal contamos con una serie más numerosa: dos brazales procedentes del yacimiento de Chã de Arefe, en Barcelos, el de la cista 1 acompañado de una punta Palmela, y como único ajuar el de la cista 2. Además el del túmulo de Vilar en Vila do Conde y el presente en el túmulo con una posible estructura cistoide de Regadoura 2 en Fafe, cuyo depósito votivo estaba compuesto además por un martillo y afilador líticos, diversos fragmentos cerámicos y una punta tipo Palmela, que los excavadores encuadran cronológicamente en la transición entre Calcolítico y Edad del Bronce.

Mención aparte merece la singular pieza fundida en oro de Vila Nova de Cerveira (Viana do Castelo), con paralelos en otras europeas y de claras connotaciones suntuarias.

Cualquiera que sea su enigmática función, lo que en definitiva resulta innegable es que estamos ante objetos de prestigio, con un alto valor simbólico, que funcionan como un

signo de rango y dignidad del difunto ante la comunidad presente en el rito funerario. Al mismo tiempo, son reflejo de una creciente complejidad social, evidenciada por su aparición en tumbas individuales, de personajes masculinos, arqueros o guerreros. Individuos que pertenecerían a las élites dominantes surgidas en el seno de unas comunidades paulatinamente jerarquizadas como consecuencia del aumento de riquezas producido por la acumulación de excedentes alimentarios o por un creciente control de la metalurgia, en un momento en que se generaliza el uso de herramientas y armas metálicas.